

El paisaje habitado

Sierra Mágina. Al suroeste de la provincia de Jaén, el macizo montañoso de Sierra Mágina aglutina una quincena de pueblos blancos unidos por un pasado común de frontera. Sin embargo, respiran una identidad propia, tanto por el sutil paisaje que los envuelve como por el devenir de su historia más reciente

Agua de manantial

TEXTO: CARMEN FERNANDEZ
FOTOS: MANUEL BERLANGA

El sol se ha reducido a una circunferencia precisa de color rojo. Las tinieblas se apoderan del cielo despejado, y los perfiles abruptos de las montañas se oscurecen hasta dibujar una sombra opaca en el horizonte que acaba por devorar las últimas bocanadas de luz cárdena. El atardecer en las alturas del macizo montañoso de Sierra Mágina, por encima de los tejados de la localidad de Torres, sucede lento. El bucólico valle que conforma su rotunda geografía, se sumerge poco a poco en un sueño profundo, uniformando los colores grises y cortantes de las crestas del Almadén y el Aznaitín con el bosque pardo de encinas que las envuelve. En la hondonada se apaga el rumor acuoso de las huertas y los álamos, mientras que un ejército brumoso de olivos se desvanece como un mar interior hacia las riberas del Guadalquivir. «¡Hay que ser un borrico para no quedarse enganchado con estas impresionantes puestas de sol!», exclama Inmaculada desde el mirador en el que se encuentra situado el hotel rural -Puerto Mágina- que ella misma dirige. Antes, Inmaculada Rosell trabajaba en una de las fábricas de conservas de la comarca jiennense, pero desde hace tiempo le rondaba en la cabeza la idea de embarcarse en un negocio de estas características. Con tanta ilusión como miedo por el trajín y las dimensiones económicas que ha cobrado la aventura, reconoce que se le ha ido un poco de las manos: «Es un proyecto de locos en el que nos hemos juntado dos locos», dice aludiendo a su socio Manuel Barrionuevo. Suerte que Manuel conoce al dedillo el oficio de albañil y, antes de que los arquitectos terminasen los planos del hotel, él ya había apilado la piedra arenisca que decora los zócalos, las vigas de madera de los techos, y unos tremendos anhelos por crear su propio negocio al lado de Torres, el pueblo serrano donde nació. Inmaculada y Manuel vieron reflejados sus sueños y sus inquietudes empresariales en una vieja y destaralada nave industrial dedicada a la cría de pollos, a cobijar vacas y rebaños de ovejas. En las paredes del establecimiento cuelgan unos paneles que ilustran cómo era antes aquel lugar -una fea estructura metálica hecha con adoquines y tejado de latón- y cómo es ahora: un flamante complejo turístico formado por dieciocho habitaciones, nueve apartamentos con chimenea, piscina, y un restaurante especializado en la gastronomía del lugar, cuyo principal ingrediente es el aceite de oliva de denominación de origen Sierra Mágina.

Juan se despereza a sus anchas en la butaca del porche, absorbiendo la noche cuajada de estrellas rutilantes y el sonido desahogado de los grillos. Hace mes y medio que está empleado en el hotel, desde que éste abrió sus puertas. Antes cuidaba los jardines de la M-30 en Madrid, pero «tú no sabes lo que es trabajar todos los días en mitad de un atasco», dice como si estuviera imaginando el infierno. Sus padres, naturales de Torres, emigraron hace más de treinta años a la capital de España, y Juan, aunque encontró allí un empleo estable, no dudó en pedir excedencia para intentar buscarse la vida en este recóndito espacio exento de ruido y contaminación. La en principio bucólica decisión de Juan, terminó por cobrar las dimensiones de una auténtica hazaña. Con sus escasos veinticinco años de edad sólo encontró en la comarca jiennense trabajos ocasionales de camionero, albañil, o jornalero en el campo, hasta que al fin hubo suerte.

«Los pueblos de la comarca se debaten entre la dualidad», asegura José María Valdivia, gerente de la Asociación para el Desarrollo Rural de Sierra Mágina. Los hay que no conocen el paro, como Mancha Real, que posee una pujante industria dedicada a la fabricación de muebles y de componentes informáticos. En Bedmar, sus habitantes, hartos de emigrar a tierras navarras para la recolección del espárrago, decidieron plantarlo en la puerta de su casa y ahora poseen varias cooperativas de conservas hortofrutícolas. Huelma también muestra una despierta actividad en el sector textil. Sin embargo, otras localidades como Jimena, Albánchez o Jódar, se encuentran más deprimidas. En Jódar se da la paradoja de que su tasa de natalidad es similar a la de El Ejido. Pero, mientras que en éste último municipio de la costa almeriense existe un inusitado desarrollo económico, a consecuencia de los cultivos de invernadero, en Jódar no se sabe de qué vive la gente. «El único capital que poseen son sus brazos», afirma José María, que los ha visto partir hacia innumerables destinos para trabajar como temporeros en la recogida de la patata, de la fruta, de la uva, del espárrago, o de la aceituna de mesa, por nombrar algunas de sus múltiples ocupaciones. «Todavía hay gente joven que piensa en marcharse», dice José María con el fastidio de quien conoce los recursos y las potencialidades turísticas y naturales que ofrece la comarca, dispuesta en torno a un Parque Natural bien conservado y con unas comunicaciones envidiables, a medio camino entre las provincias de Jaén y de Granada. Piensa el gerente que tarde o temprano, antes o después, otros acabarán por descubrirla, «quien viene aquí no se siente defraudado», insiste. En el paraje de Torres conocido como La Fuenmayor, el agua se desborda en cascada por las barranqueras pobladas de álamos y nogueras, formando un embalse frío y cristalino de belleza asilvestrada.

/ Sigue en la página 11



LA COMARCA
Arriba, agua en la Fuenmayor, en Torres. En el centro, José María Valdivia, gerente de la Asociación de Desarrollo Rural de Sierra Mágina. Abajo, Fernando Justicia, maestro de Caba de Santo Cristo.



EL CAMINANTE



NIÑOS DE ARBUNIEL CARAS DE LUNA LLENA

Niños de Arbuniel que juegan al fútbol en la carretera. La vida en la calle. Huertos fértiles de agua abundante. Otro ritmo, ancho y eterno, como los veranos de la infan-

cia. Rostros ligados a la tierra. Primeras emociones entre campos, cielo y soledad. El pasado, un marco viejo, protege el futuro. O lo abrasa. / MANUEL BERLANGA

/Viene de la página 10

El torrente serpentea cerro abajo oculto entre zarzas y majoletas cargadas de frutos otoñales, mientras los cerezos, enraizados en pequeños bancales, se cubren con tonalidades incendiarias antes de desprenderse de sus hojas. La sierra está llena de rincones fragosos como éste, de manantiales que brotan incontenibles bajo las crestas áridas y esponjosas del macizo. Pero, la comarca también presenta una evidente dualidad en lo climático. En el valle de Torres, abierto sobre el flanco occidental de su orografía, las cimas de las montañas se levantan como un murallón infranqueable, deteniendo las nubes húmedas que llegan desde el Guadalquivir. A consecuencia de ello, las precipitaciones escasean en su flanco más oriental, por donde parece penetrar el brazo desolador del desierto, una prolongación de la granadina Hoya de Baza. En este paisaje árido, de arcillas blandas y mustias, se ubica Cabra del Santo Cristo, cuyo casco histórico es uno de los más bellos y mejor conservados de Mágina. Sus calles rectilíneas están flanqueadas por hermosas y sorprendentes casonas decimonónicas que exhiben ostentosas balconadas y que hablan de un pasado que se antoja remoto, al contemplarlas sumidas en el mutismo del abandono. Entre los siglos XVII y XIX Cabra se convirtió en un próspero municipio gracias al esparto que crecía generoso en sus campos desérticos. Llegó a tener una veintena de talleres dedicados a fabricar sogas, cordeles y maromas que entonces se usaban en las faenas de la mar, productos que eran destinados, sobre todo, a los puertos de Almería, Málaga y Algeciras. Muchas familias se enriquecieron con esta incipiente industria que dio sus últimas bocanadas a mediados del siglo pasado. Ahora sólo queda el testimonio de una fábrica dedicada a la confección de estopa para endurecer la escayola, y hasta la materia prima la tienen que importar de otras provincias vecinas. «El Cristo de Burgos fue realmente quien trajo riqueza a Cabra», asevera Fernando Izquierdo, un maestro que

El santo lienzo resultó ser milagroso, y los portentos que obraba en las desgracias de los vecinos hicieron que su fama cundiera como un reguero de pólvora

lleva más de veinte años ejerciendo como director en el colegio del pueblo. Antes de que el cuadro con la imagen de dicho Cristo, que ahora preside el altar mayor de la iglesia parroquial, llegara hasta la localidad serrana, ésta no era más que una aldea de pastores sin entidad propia. El santo lienzo resultó ser milagroso, y los portentos que obraba en las desgracias de los vecinos hicieron que su fama cundiera como un reguero de pólvora por la piel de la Península. Hubo tal concentración y trasiego de peregrinos que la humilde fisonomía de la aldea se transformó en la de una ciudad próspera en servicios y peculios, mientras que su nombre quedó para siempre asociado al Cristo. La imagen era procesionada —al igual que ahora— hasta cinco veces al año. Primero la portaban los ciudadanos más pobres, después las cofradías venidas de otros pueblos vecinos, por último eran los ricos quienes hacían su vía crucis particular. Uno puede evocar en parte este ambiente a través del ingente legado de fotografías que sobre el pueblo y la comarca de Sierra Mágina hizo uno de sus hijos adoptivos más ilustres: el doctor Arturo Cerdá y Rico. Un alicantino acomodado, nacido en 1844 que ejerció como médico hasta que la pasión por la fotografía pudo más con su voluntad.

En Cabra del Santo Cristo, donde vivió hasta su muerte en 1921 levantó una casa pensada para este arte, con una cúpula acristalada en el techo y un suelo de vidrio prensado para que la luz se filtre cenital hasta la planta baja donde estaba ubicado el estudio. «Esto ahora se vende como una modernidad», dice Fernando refiriéndose al vidrio, incidiendo no sólo en lo ingenioso de la construcción, sino también en la extraordinaria sensibilidad del artista para retratar las costumbres y los rostros de esta comarca tan igual y, a la vez, tan distinta. «En un futuro veremos instalado en esta casa un Centro de Investigación de la Fotografía», dice Fernando soñador, acariciando la idea de poner en valor tan inestimable recurso cultural.

CUADERNO DE VIAJE

La comarca de Sierra Mágina, con una población de 55.000 habitantes, está ubicada al sureste de la provincia de Jaén, integrada por una quincena de pueblos blancos colgados sobre las faldas de un escarpado macizo montañoso. Las prominentes crestas del mismo, presididas por el pico Mágina —el techo de la provincia jiennense con 2.167 metros de altitud—, conforman un Parque Natural que cuenta con una superficie de casi veinte hectáreas, y que alberga una sorprendente riqueza botánica entre la que se encuentran numerosos endemismos. A la comarca se accede cómodamente a través de la N-323, la autovía que une las capitales de

Jaén y Granada, para perderse después por el laberinto de carreteras que desembocan en los caseríos arracimados en torno a un castillo árabe, o que esconden sorprendentes muestras de arquitectura renacentista —iglesias y palacios— en el entramado laberíntico de sus callejuelas. El hotel rural Puerto Mágina (647 16 05 97 / 607 74 72 38), situado en el kilómetro 3 de la carretera

Torres-Albánchez, en el paraje Eras de Azmoratín, ofrece unas vistas sorprendente hacia uno de los valles más hermosos de la comarca, poblado por el delicado exotismo de las plantaciones de cerezos.

Y, junto con el aceite de oliva virgen de Denominación de Origen Sierra Mágina, la gastronomía destaca por su repostería tradicional, como son los exquisitos almendrados que María Contreras elabora siguiendo recetas ancestrales en su horno de leña situado en Albánchez (953 35 83 23). Más información en la página www.mágina.org, de la Asociación para el Desarrollo Rural de Sierra Mágina.